165

Adan y Eva

Marco

6

ADAN Y EVA.

JUGUETE CÓMICO-LIRICO (1),

EN UN ACTO

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR DON JOSÉ MARCO,

PUESTO EN MÚSICA

POR DON FRANCISCO DE ASIS GIL,

y representado por primera vez en el teatro del Príncipe de Madrid el dia 12 de diciembre de 1860, á beneficio del primer actor del género cómico D. Mariano Fernandez.

(1) A fin de facilitar la representacion de este juguete en todos los teatros, está arreglado de modo que puede tambien ponerse en escena sin música.

MADRID:—1861.

IMPRENTA ESPAÑOLA.

Torija, 14.

A LOS DISTINGUIDOS ACTORES

DEL GÉNERO CÓMICO,

DOÑA ADELA ZAPATERO

Y

DON MARIANO FERNANDEZ.

Para ustedes arreglé este juguete: justo es que se lo dedique

SU BUEN AMIGO,

José Marco.

PERSONAJES.	ACTORES.
Rosa.................	*Doña Adela Zapatero.*
Agustin..............	*D. Mariano Fernandez.*
Benito...............	*José Alisedo.*
Un mozo..............	*Eduardo Molina.*

La accion se supone en Madrid, y en nuestros dias.

ACTO UNICO.

Sala modestamente amueblada en una casa de huéspedes. Puerta al fondo y laterales en primer término. En segundo y á la izquierda otra puerta: á la derecha una ventana. Entre las dos puertas de la izquierda una mesa con un espejo.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, en la puerta del fondo.

Vaya usted con Dios, tio, y esté tranquilo que no se me olvidará.—¡Pobre tio mio! (*Bajando al proscenio.*) Se mandó hacer un frac para asistir á las fiestas de Pinto, y se encuentra con que el tren vá á partir, y el sastre no lo ha traido todavía. Por fortuna me quedo yo aquí y se lo enviaré así que lo reciba. Pero ocupémonos de cosas (*mirándose al espejo*) mas importantes, de mi tocador; porque hoy me interesa mas que nunca parecer bonita: mi fortuna depende quizá de la impresion que produzca. Bien pensado, es cosa graciosa que yo, pobre florista, tenga una cita con un príncipe polaco, á quien jamás he visto; mas, segun dicen, él está enamorado de mí desde un dia que me vió en esa ventana regando mis flores, y ha solicitado mi mano por conducto de don Dimas, un vejete casamentero que, mediante la suma de media onza, pro-

porciona á las muchachas un aspirante á marido; servicio, que no es caro, atendida la escasez del género; pero yo hubiera tenido que renunciar á sus ventajas, si don Dimas no me hubiese hecho el favor de concederme algunos dias para satisfacerle su comision. No obstante, mi tio, ántes de partir, habrá, como siempre, dejado en mi cómoda la suma que me tiene señalada para alfileres y todo podrá arreglarse hoy mismo. Mi querido tio se va á volver loco de alegría cuando sepa que su sobrina es solicitada... ¡por un príncipe polaco! No le sucederá lo mismo al aprendiz de boticario de la esquina, cuya pretension á mi mano fué contestada por el baston de mi tio.

UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Mozo!—¡Mis botas!

AGUSTIN. (*Dentro.*) ¡Mi frac!—¡Mozo!

MOZO. (*Dentro.*) ¡Allá voy!

OTRA VOZ. (*Dentro.*) ¿Viene mi chocolate? ¡Muchacho!!

MOZO. (*Dentro.*) ¡En seguida!

ROSA. ¡Qué babel! Una casa de huéspedes es insoportable.—Pero veamos qué es lo que necesito para presentarme dignamente y dar golpe. Recapitulemos (1).

CANTADO.

Si al polaco me presento
con bandós y miriñaque,
si enaltezco yo mi empaque
con mangas y cinturón,
sin remision,
mio será
su corazon.

Compraré tambien un cuello,
y guantes de dos botones,
unas botas con tacones
y entónces, al ver mi pié,
que lo verá,
su corazon
mio será.

HABLADO.

Pues señor, todo lo que me hace falta se puede comprar con

---

(1) *Si se prescinde de la música, se sustituirán los versos con estas palabras:* Recapitulemos: un miriñaque, unas mangas, un cinturón, un cuello, guantes y unas botas... Pues señor, todo lo que me hace falta, etc.

unos tres duros que vá á depararme al momento la asignacion de mi tio. (*Váse por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

MOZO.—BENITO.

MOZO. (*En el fondo con un frac al hombro, disputando con Benito*). Le digo á usted que la señorita Rosa no se ha levantado todavía.

BENITO. Y yo le digo á usted que la he visto desde la calle á través de la ventana.

MOZO. Vamos, no sea usted pesado.

UNA VOZ. (*Dentro*) ¡Mozo, mis botas!

BENITO. Usted es el que no debe ser pesado, ni impacientar á los huéspedes.

OTRA VOZ. (*Dentro.*) ¡Mi chocolate, mozo!

BENITO. Vaya usted á llevar el chocolate.

MOZO. ¿El chocolate, eh?

VOCES. ¡Mozo! ¡Mozo! (*Dentro.*)

BENITO. ¡Anda, anda! ¡Qué algarabia!

MOZO. ¡Allá voy! ¡allá voy! (*Desaparece despues de dejar el frac encima de una silla que habrá junto á la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

BENITO.—A poco ROSA.

BENITO. ¡Eh! ¡Ya soy dueño del campo! ¡Pero no veo á Rosa!... ¿Estará durmiendo?... ¡Si yo me atreviera!... (*Adelantándose de puntillas.*)

ROSA. ¡Dios mio! ¡Mi gozo en un pozo! (*Saliendo por la puerta de la izquierda.*)

BENITO. ¡Ah! ¡Aquí está!—¡Firmes! (*Deteniéndose.*)

ROSA. ¡Mi tio se ha marchado sin dejarme un real! ¡Y yo que contaba con su dinero para mis compras!

BENITO. ¡Ea! ¿Quién dijo miedo?... (*Tosiendo.*)

ROSA. ¿Quién es? (¡Ah! ¡El boticario!)

BENITO. Soy yo, Rosita.

ROSA. Me alegro.

BENITO. ¿De veras?

ROSA. Viene usted como llovido del cielo.

BENITO. ¡Ay, qué gusto!

ROSA. Usted puede sacarme de un apuro.

BENITO. ¡Yo!
ROSA. ¿Lleva usted encima tres duros?
BENITO. ¡Tres duros, precisamente, nó!
ROSA. O tres napoleones.
BENITO. No llevo más... que dos cuartos.
ROSA. (Razon tiene mi tio en decir que este hombre es un bestia!)
BENITO. ¿Los quiere usted? con franqueza!... (*Ofreciéndole los dos cuartos.*)
ROSA. No; quizá le harán falta para comprar la *Correspondencia.*
BENITO. Para eso los destinaba; pero, si usted los necesita...
ROSA. Muchas gracias.
BENITO. No crea usted que me ha costado mucho trabajo el adquirirlos. Vendí dos cuartos de malvas y, en vez de echarlos en el cajon, los eché...
ROSA. ¿En el bolsillo?..
BENITO. Sí... Yo sé buscarme la vida muy bien, y si usted me quisiera, lo habíamos de pasar perfectamente.
ROSA. Lo creo; pero advierto que está usted en un eminente peligro.
BENITO. ¿Qué dice usted?
ROSA. ¿No ha visto usted á mi tio?
BENITO. No. (*Asustado.*)
ROSA. Pues le estoy esperando.
BENITO. ¿Y lleva el baston?
ROSA. Como siempre.
BENITO. ¡Diántre!
ROSA. ¡Oigo sus pasos!
BENITO. ¡San Bénito Palermo me ampare! (*Váse corriendo por el fondo.*)

ESCENA IV.

ROSA.

Estaba segura de que le habia de faltar tiempo para echar á correr.—La paliza de mi tio le ha debido quedar muy grabada en las espaldas. Pero, ¿cómo me las compongo yo para procurarme?... ¡Calla! ¡Un frac! (*Viendo el que dejó el mozo en una silla.*) Será el de mi tio! Y es magnífico... con botones dorados... ¡Oh! ¡Qué idea! Si yo le empeñase... por uno ó dos dias... Dichosos mis bienes que remedian mis males; precisamente en el entresuelo vive un prestamista... Estoy decidida, y me voy por la escalera interior para no volver á encontrarme con el farmacéu-

tico. (*Se vá apresuradamente por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

AGUSTIN.

AGUSTIN. (*Dentro.*) ¡Mozo! ¿Me traes el frac? ¡Por vida de!..

MOZO. (*Dentro.*) Disimule usted; pero le he dejado en el número siete.

AGUSTIN. (*Apareciendo por el fondo en mangas de camisa, con un pañuelo, roto, de seda, atado á la cabeza, un par de botas debajo del brazo y un cigarro en la boca.*) ¿Número siete?—Este es... (*Adelantándose.*) Vecino, perdone usted si me presento de este modo... (*Deteniéndose.*) No hay nadie!—Vecino, (*levantando la voz*) ¿ha visto usted un frac de color de castaña, con botones dorados?... Silencio completo. Tal vez por aquí... (*Se dirige á la puerta de la izquierda.*) Caballero, hágame usted el favor de devolverme mi frac... no tengo mas que uno y le necesito. Aquí tiene usted sus botas que han dejado por equivocacion en mi cuarto. Pues, señor, de seguro no hay nadie. Esperaré. (*Se sienta.*) ¡Válgame Dios y cómo se pasa el tiempo! ¿Quién diria que hace un mes ya que abandoné á Salamanca con tres mil reales y un frac con botones dorados, y que fuí á hospedarme en casa de la viuda de Martinez... una amiga íntima, mujer muy bien conservada, que aparenta unos veinte y cinco años; pero que tiene ya cincuenta y dos largos de talle.—Es una andaluza que me habria gustado hace unos veinte años. No obstante, almorzamos juntos, y á los postres me dijo arqueando los ojos.—¡Ay, Agustin!—Naturalmente yo contesté... ¡Ay, Dolores!... Y... ¡paf! la viuda se desmayó: como no era santo de mi devocion, y ya habia tomado mi café, me apoderé de mi sombrero y salí á la calle haciéndome esta reflexion:—Agustin, tienes la mirada magnética: con tres mil reales y un frac, estás llamado á hacer un magnífico casamiento. Tu porvenir está en las mujeres: y en seguida, como la abeja, que busca en el seno de las rosas la sávia de que elabora su miel, me dèdiqué á perseguir á las muchachas ricas, á recorrer los teatros, los paseos, los cafés y los salones de Capellanes: los salones de Capellanes, sobre todo: se encuentran allí jóvenes tan amables que nunca desdeñan una cena; pero lo cierto es que las dichosas cenas me han dejado sin un

cuarto: y hasta el jueves, que reciba carta de Salamanca con la pension que me ha señalado mi madre, no puedo comprar ni fósforos! Este es mi último cigarro. Felizmente me queda el frac, el frac que es mi esperanza.

CANTADO (1).

Prenda adorada,
la suerte mia,
y la alegría
cifro yo en tí.
Vuelve á mis brazos
vuelve muy lista
y una conquista
haz para mí.
De una rica y hermosa heredera
sé tú el gancho, el imán seductor;
que mi vida daréle yo entera
á la que onzas me dé con su amor.

HABLADO.

Mas el vecino no vuelve y yo no puedo detenerme... voy á ver por aquí... (*Váse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

ROSA.

(*Saliendo por la segunda puerta de la izquierda con un miriñaque y varios paquetes que va dejando encima de la mesa.*) ¡Jesús! y qué poca conciencia tienen los prestamistas! No me han querido dar mas que cincuenta reales por el frac y eso vendiéndome un gran favor... ¡Un frac flamante! Y han tenido atrevimiento de decirme que no era nuevo!... Dejaré aquí (*en el marco del espejo*) la papeleta para que no se me pierda; y asi que mi tio me envie la asignacion... Pero, ¡cómo se vá el dinero, señor! (*Rejistrando los bolsillos.*) Nada, ni un cuarto! Y gracias que me encuentro con todo lo que me hace falta! Y tambien con lo que no me la hace! (*Se fija en un rasgon que*

(1) Suprímanse los versos en la representacion, si se prescinde de la música.

tiene el vestido en la manga.) Al subir me he hecho con un clavo este desgarron y es preciso componerlo, porque don Dimas me ha encargado que no dejara de llevar vestido de seda, y no tengo mas que este!... Haré un zurcido y no se conocerá. (*Váse por la primera puerta de la izquierda y aparece en seguida trayendo en la mano el vestido que llevaba puesto.*) ¡Ahora no encuentro la seda!... (*Deja el vestido encima de una silla y rejistra el cajon de la mesa.*) ¡Nada, ni una hebra! ¡Ah! En mi cómoda debe haber... (*Váse con el miriñaque por la primera puerta de la izquierda, dejando el vestido encima de la silla.*)

ESCENA VII.

AGUSTIN.

¡Vaya que es chistoso! (*Sale por la puerta de la derecha.*) Ando en busca de mi frac y me encuentro con la viuda de Martinez que me hace señas desde la ventana de enfrente. Habrá querido aproximarse á mí como la serpiente se aproxima á la cándida avecilla. Me despeluzna la idea de haber aumentado el fuego de esa vieja... Ha sido una imprudencia la mia! Exhibirme á las mujeres con un *negligé* tan.. tan coqueton... (*Quitándose el pañuelo de la cabeza y dejándole encima de una silla.*) ¡Pícaro pañuelo! Tú has contribuido á entusiasmar á la viuda. Pero, á todo esto, el vecino no parece. (*Estornuda.*) ¡Jesus! Ya me he resfriado otra vez! ¡Todo sea por Dios! ¡Pues apenas he tosido este invierno!... Digo, si toseria, cuando tuve que meterme algodones en los oidos para no oirme; pero la tos cesó merced á varios misteriosos vasos de leche de burras que encontré en la puerta de mi cuarto sin conocer su procedencia. ¡Soberbio resfriado fué! ¿Sabes, Agustin, que estás seductor? (*mirándose casualmente al espejo.*) Pero ¿qué papel es este? (*Dejando el cigarro encima de la mesa y tomando la papeleta que dejó Rosa.*) ¡Una papeleta de empeño! ¡Hola! ¡Hola! ¡Qué miro! ¡Un frac castaña con botones dorados! ¡Cielo santo! (*Dejando caer las botas que lleva debajo del brazo.*) ¡Este frac es el mio! ¡Le reconozco! Mi vecino le ha empeñado... digo, mi vecino, no; mi vecina... Rosa Gonzalez... (*Examinando la papeleta.*) ¡Una mujer! ¡He sido despojado por una mujer!... Habráse visto descaro igual! (*Reparando en el vestido.*) Pero mi fortuna me depara la revancha.

Sí, este vestido será suyo... y es de seda, nada, nada; una vez que ella ha empeñado mi frac, muy justo es que yo lo desempeñe con su trage. Un clavo saca otro clavo; al prestamista con el vestido. (*Váse por el fondo llevándose el vestido.*)

ESCENA VIII.

ROSA, sale por la primera puerta de la izquierda con un ovillo de seda.

Por fin encontré la seda: no me ha costado poco trabajo. Pero, ¿dónde está el vestido? Yo le he dejado encima de esta silla... ¡es singular! ¿Qué es esto? (*Fijandose en la punta de cigarro que dejó Agustin.*) ¡Una punta de cigarro!... ¡Quién ha entrado aqui! ¡Dios mio! ¡Unas botas! (*Viendo las que llevaba Agustin.*) ¡Ah! esto es inconcebible! (*Tira las botas por la ventana.*) ¡Yo no sé qué pensar!... Mas, señor, este vestido... Si le habré dejado allí!... (*Váse por la puerta de la derecha y aparece en seguida.*) ¡Nada, no parece!

ESCENA IX.

ROSA.—AGUSTIN.

AGUSTIN. ¡Esto es una infamia!—Señora, faltan dos reales y medio.

ROSA. ¡Un hombre! (*Tomando el pañuelo que dejó Agustin encima de la silla y echándoselo sobre los hombros*).

AGUSTIN. Señora, dos reales y medio al punto, ó!...

ROSA. No se acerque usted... ¡Ladrones! ¡Ladrones!

AGUSTIN. ¡Calle usted! ¡Pues me gusta! ¡Se toma usted la incalificable libertad de empeñar mi frac y grita usted todavía ladrones!

ROSA. ¡Qué dice usted! ¿El frac, que yo he empeñado, es de usted?

AGUSTIN. Sí, hágase usted la inocente. ¡Qué maldad!

ROSA. Caballero, aseguro á usted...

AGUSTIN. Señora, yo no me atrevo á calificar la conducta de usted, ni su profesion...

ROSA. Soy florista.

AGUSTIN. ¿Florista; eh? Supongo que no habrá pensado usted establecer su puesto de flores junto á la Audiencia?

ROSA. No comprendo...

AGUSTIN. Porque allí estaria usted muy cerca de los tribunales de justicia.

ROSA. ¿Qué quiere usted decir?

AGUSTIN. Nada.—Si usted hubiera acudido á mí y me hubiese dicho: vecino, me veo en un apuro, espero fondos... de América, y si usted pudiese adelantarme cincuenta reales...—yo me hubiera apresurado á dárselos, si los hubiera tenido; habria escusado el paso de usted; pero no puedo perdonar el abuso de confianza!...

ROSA. Repito que...

AGUSTIN. ¡Silencio, señora! Llegué al despacho del prestamista y presenté mi vestido de seda.

ROSA. ¡Su vestido de seda! (*Sin comprender.*)

AGUSTIN. Lo examinaron y me dijeron:—cincuenta reales—corriente, observé yo, sale mi cuenta. Me dieron el dinero, y en seguida volé á la otra mesa, á la de los desempeños: esa mesa no la conoce usted todavía; pues bien, junto á esa mesa grité:—un frac castaña con botones dorados: aquí están los cincuenta reales.—Perdone usted, me contestó un viejo con gafas, faltan dos reales y medio por los intereses.—Entonces yo busqué y rebusqué en mis bolsillos, pero fué inútil; volví á escape á la otra mesa y dige al encargado:—No me ha dado usted lo que necesito por el vestido.—No se puede dar un ochavo mas.—Pues devuélvamele usted y veré si en otra parte pueden; tome usted sus cincuenta reales.—Disimule usted, caballero, me repuso un jóven sin gafas, faltan dos reales y medio por los intereses.—¡Cómo se entiende! ¡Eso es una pillada!—¡Mire usted lo que se dice!—¡Digo lo verdad!—A estas palabras el jóven se atufa, yo me cuadro, llama á los municipales, vienen estos, quieren prenderme, me escurro, y... ¡ah! debo hacer á usted presente que su vestido tiene un desgarron mayúsculo en una manga.

ROSA. ¡Cómo! ¿El vestido, que ha empeñado usted, es el mio?

AGUSTIN. Así parece.

ROSA. ¡Ah! ¡Es horroroso lo que ha hecho usted!

AGUSTIN. Horroroso, ¿eh?

ROSA. Y hoy, ¡sobre todo!... ¡Hoy que me era indispensable para un asunto!...

AGUSTIN. Un asunto... ¿de florista? (*Indicando hurtar con la accion.*)

ROSA. ¡Caballero! Suplico á usted que se vaya, porque me inspira usted ódio.

AGUSTIN. Eso me tiene sin cuidado, con tal que me dé usted los dos reales y medio.

ROSA. No los tengo.

AGUSTIN. ¿Pues y el producto de mi despojo?

ROSA. Ya hace tiempo que no existe.

AGUSTIN. ¡Diablo! Observo que hace usted circular la moneda de una manera asombrosa: pero no es estraño; cuando se adquiere con tanta facilidad!... Mire usted, señora, veamos como se arregla este negocio, porque si no voy á coger un catarro... Yo no encuentro mas que un medio.

ROSA. ¿Y cuál es?

AGUSTIN. Que empeñe usted alguna otra prenda por los dos reales y medio. Usted debe tener otro vestido.

ROSA. No, señor, no tengo mas que el que usted ha empeñado.

AGUSTIN. ¡Cómo! ¿No tiene usted mas que un vestido?

ROSA. Eso no debe sorprender á usted, que no tiene mas que un frac.

AGUSTIN. Es verdad. Ahora comprendo...

UNA VOZ. (*Dentro.*) ¡Mozo! ¡Mozo! ¿Vienen esas botas?

MOZO. (*Dentro.*) ¡Allá van!

ESCENA X.

ROSA, AGUSTIN.—El MOZO.

MOZO. (*Apareciendo en la puerta del fondo.*) ¡Don Agustin! ¡Don Agustin!

AGUSTIN. ¿Qué hay?

MOZO. Las botas, que dejé antes en el cuarto de usted, son del número cinco y las reclama.

AGUSTIN. Las llevaré en seguida. (*Buscándolas.*) ¡Ya desaparecieron! Jóven, yo entré en esta habitacion con unas botas.

ROSA. Yo no sabia de quien eran y las he...

AGUSTIN. ¡Las botas tambien! Señora, ¡usted tiene la manía de empeñarlo todo!

ROSA. ¡Yo no las he empeñado!

AGUSTIN. ¿Pues qué ha hecho usted de ellas?

ROSA. Las he tirado por la ventana.

AGUSTIN. ¡Las ha tirado usted!

ROSA. ¿Por qué las dejó usted en mi cuarto?

AGUSTIN. ¿Con que las ha tirado usted?... ¿Piensa usted que yo comulgo con ruedas de molino?... Lo que yo voy creyendo es que usted se dedica á...

ROSA. ¿A qué?

AGUSTIN. A... á... por lo menos á hacer el equipaje de un hombre.

ROSA. ¡No sé como tengo paciencia!...

AGUSTIN. Lo positivo es que usted me condena hasta el fin de mis dias, á permanecer con los brazos al aire, como un panadero; que me ha convertido usted en un segundo Adan...

ROSA. Y usted me ha convertido en...

AGUSTIN. En una segunda Eva; pero con enaguas y... ¡calla! (*Reconociendo el pañuelo que tiene Rosa sobre los hombros.*) Ese pañuelo me pertenece.

ROSA. ¡Cómo! ¡Por favor!... (*Cruzando los brazos.*)

AGUSTIN. Esté usted tranquila... ¡yo no miraré!

ROSA. Mas...

AGUSTIN. Cerraré los ojos. (*Tratando de apoderarse del pañuelo.*)

ROSA. Así lo espero.

AGUSTIN. Yo sé escoger mis afecciones, señora.

ROSA. ¡Es que yo no trato de inspirárselas!

AGUSTIN. Mi corazon es purísimo; no se deja arrebatar tan fácilmente... y mucho menos por manos acostumbradas al robo.

ROSA. ¡Al robo! ¡Insolente! (*Le dá un bofeton.*)

AGUSTIN. ¡Ah! ¡Ahora si que no veo! (1)

CANTADO.

AGUSTIN.
¡Vive el cielo! Usted me ha dado
un soberbio bofeton.

ROSA.
Si llevar quiere usted otro...

AGUSTIN.
¡Muchas gracias! ¡No por Dios!

ROSA.
Pues al momento
y sin chistar
tome la puerta,
déjeme en paz.

AGUSTIN.
No se impaciente,
que sin chistar
tomo la puerta,
déjola en paz. (*Váse Agustin por el fondo.*)

ESCENA XI.

ROSA.—A poco AGUSTIN.

ROSA. ¡Gracias á Dios que se fué! ¡Qué hombre tan particular!

AGUSTIN. (*Dentro.*) ¡Por vida de! ¡Ahora no puedo entrar en mi cuarto!

ROSA. ¡Qué dice!

---

(1) Si se suprime la música, Agustin se irá por la puerta del fondo y comenzará en seguida la escena XI.

AGUSTIN. (*Dentro.*) ¡El picaporte se quedó en el bolsillo del frac!... ¡Señora!... (*Saliendo.*)

ROSA. ¡Otra vez!

AGUSTIN. Cálmese usted y déjeme hablar. Usted ha empeñado con mi frac el llavin de mi cuarto y ahora no tengo donde meterme.

ROSA. ¿Bien, y qué?

AGUSTIN. ¿Cómo y qué? Que he pedido un baño para las diez... que van á traerle y que he decidido tomarle aquí.

ROSA. ¡Cómo se entiende! Vaya usted con el baño al cuarto del mozo.

AGUSTIN. Eso no es lógico, señora. Usted ha interceptado mi domicilio, y por lo tanto me permitirá que elija otro, y ya está elegido. (*Sentándose.*)

ROSA. ¡Esto es insufrible!

AGUSTIN. Aquí me acomodaré como pueda; no se apure usted por mí. Afortunadamente no llevo encima ninguna cosa de valor. (*Registrándose los bolsillos y sacando una carta.*) ¿Qué es esto? ¡Ah! La cita para hoy que se me habia olvidado. ¡Pues esta es mas negra! ¡Señora! ¡Señora!

ROSA. ¿Qué tiene usted?

AGUSTIN. Tengo una cita, pero no tengo el frac para asistir á ella.

ROSA. Lo tendrá usted en seguida.

AGUSTIN. ¿De veras?

ROSA. Aun cuando me vea en la precision de vender mis pendientes.

AGUSTIN. Sí, es lo mejor; venda usted los pendientes.

ROSA. ¡Mis pendientes! ¡Regalo de mi tio!

AGUSTIN. ¡Calle! ¿Tiene usted un tio?... ¡Algun infeliz se habrá quedado sin él!

ROSA. Tenga usted la bondad de aguardarme un instante, que en seguida vuelvo.

AGUSTIN. Pero ¡cómo! ¿Va usted á salir así?...

ROSA. Voy al piso bajo por esta escalera interior.

AGUSTIN. Bueno.

ROSA. Y así que vuelva, espero que le perderé á usted de vista para siempre.

AGUSTIN. Vaya usted con Dios. (*Váse Rosa por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

AGUSTÍN.

¡Pues es una alhaja la niña que tengo por vecina! ¡Y que

esta clase de gente se reciba en una casa de huéspedes!.. Yo apostaria que esa jóven forma parte de alguna cuadrilla de alcantarilleros... ¡Se ha perfeccionado tanto esa industria!!. ¡Si yo pudiera asegurarme! (*Acercándose á la mesa*). Ella debe tener papeles... todos los ladrones tienen papeles... muy arreglados... por los cuales se les reconoce... (*Dudando abrir el cajon.*) Registremos. ¿Qué consideraciones se merece una mujer que roba al prójimo su frac? (*Abre el cajon de la mesa y toma un libro que examina.*) ¡Libro de gastos!—¡Con que lleva sus libros y todo!... Es una ladronzuela por partida doble. Veamos como invierte su numerario. (*Leyendo.*)—«Gastado en hierros y cera...»—¡Dios mio! La cera será, sin duda, para sacar el molde de las cerraduras: y los hierros... ¡Yo tiemblo!—«¡Satisfecho por corchetes!..»—Pues! para sobornarlos y tenerlos propicios. ¡Desgraciada!—«Dia 7, tomé una libreta en la tahona.»—¡No la compró, la tomó!—«Dia 8, judías, ensalada, leche de burras»..-«Dia 9, leche de burras.»— «Dia 10, leche de burras.»—Pues, señor, parece que ha estado constipada los mismos dias que yo. —«Dia 11.»—¡Dios mio! ¿Qué he leido?—«Dia 11, leche de burras para el vecino del número 6!..»—El vecino del número 6 soy yo!... ¿Será á ella á quien yo deba?... No, pues esta accion es muy meritoria: ¡ir todos los dias á la puerta de un enfermo con un vaso de leche y no querer darse á conocer!... En rigor merece que yo le manifieste la mas profunda gratitud... sí, señor; es preciso hacerle justicia. Indudablemente que su corazon es bueno... no se ha pervertido todavía: su mano, su mano es la que anda descarriada. ¡Y tan jóven! ¡Pobre muchacha! ¡Oh! ¡Qué idea! ¡Si yo pudiera atraerla á la virtud! ¡Quién sabe! Tal vez, empleando la dulzura y cierta elocuencia, conseguiria... ¡Aquí está! ¡Ah! Orfeo, préstame, sin réditos se entiende, tu vihuela por un instante.

ESCENA XIII.

AGUSTIN.—ROSA.

ROSA. ¡Qué horror! ¡Estoy furiosa! (*Sale por la segunda puerta de la izquierda.*)

AGUSTIN. ¿Qué le pasa á usted?

ROSA. Me pasa que contaba con perder á usted de vista así que vendiera mis pendientes...

AGUSTIN. ¿Y qué?

ROSA. Que el platero no me los quiere comprar porque dice...

AGUSTIN. ¿Qué dice?

ROSA. ¡Que son de similor!!

AGUSTIN. ¡Tambien fué buena ocurrencia la del tio! ¡Regalar unos pendientes de similor!

ROSA. ¡Si le costaron seis duros! ¡Oh! ¡Esto ha sido un robo!!

AGUSTIN. ¡Un robo! Comprendo que debe ser para usted mas sensible que para otro cualquiera...

ROSA. Caballero, ¿no se vá usted á cansar nunca de gastar semejante broma?

AGUSTIN. ¡Si hablo muy formal!

ROSA. Es que no estoy en disposicion de reirme y usted me fastidia.

AGUSTIN. Pero si lo hago por el bien de usted! ¡Porque si usted supiese el interés que me inspira!...

ROSA. ¡Yo!

AGUSTIN. Si, señora.

ROSA. ¿Y desde cuándo?

AGUSTIN. Desde que he sabido...

ROSA. ¿Qué?

AGUSTIN. Que... usted... ¡Jem! ¡Jem! (*Tosiendo con intencion.*)

ROSA. ¡Qué escucho! ¡Esa tos no me es desconocida!

AGUSTIN. Como que es la mia; es decir, la tos del vecino del número 6, que tiene grabados en su pecho con caractéres indestructibles los vasos de leche de burras que usted le ha deparado.

ROSA. Bien puede usted lisonjearse de haberme incomodado horriblemente este invierno con su tenaz resfriado.

AGUSTIN. ¡Incomodado! ¡Qué desencanto para mí! (*Con desconsuelo.*) Usted se diria: ese animal no me deja dormir con su tos, y...

ROSA. No, señor: yo me dije: ese pobre jóven se halla enfermo, solo, sin fuego, y acaso sin recursos: pues bien, voy á hacer por él cuanto pueda y Dios me lo pagará.

AGUSTIN. ¡Es posible! ¡Usted pensaba eso! (*Tomándole la mano con cariño.*)

ROSA. Sí, señor.

AGUSTIN. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Continúe usted por la buena senda! ¿Qué seria de usted, de una jóven tan bonita?... porque yo no lo habia reparado, pero veo que es usted una jóven muy bonita.

ROSA. Yo...

AGUSTIN. Pues bien, Rosa, yo suplico á usted encarecidamente que deje la profesion á que se ha dedicado.

ROSA. ¡Cómo! ¿Quiere usted que yo?...

AGUSTIN. Sí.
ROSA. ¿Y cómo me he de mantener?
AGUSTIN. Dedíquese usted á otra cosa.
ROSA. ¡Pero si yo no sé hacer nada mas!
AGUSTIN. ¡Ah! ¡Lo comprendo! Ya sé que en los primeros dias ha de costar á usted mucho trabajo respetar lo ageno.
ROSA. ¡Caballero!
AGUSTIN. Pero, si sigue usted mis consejos, usted verá como al fin se corrige.
ROSA. ¡Vamos, es usted muy chistoso!
AGUSTIN. ¿Cómo que soy muy chistoso?
ROSA. Se ha empeñado usted en tomarme por una...
AGUSTIN. No pronuncie usted la palabra. Estoy casi convencido de que la culpa no es de usted... de que usted se vé impulsada por la depresion de algun órgano...
ROSA. ¡Já! ¡Já! ¡Já!
AGUSTIN. ¿Y se rie?
ROSA. Si yo fuera rica, procuraria tenerle siempre á mi lado para que me divirtiera.
AGUSTIN. Pero...
ROSA. Acabemos: (*formalizándose*) es decir que usted no concibe que yo pueda ser una mujer tan honrada como usted?
AGUSTIN. No, señora.
ROSA. ¡Dónde hay calma!...
AGUSTIN. Que hable, sino, mi frac.
ROSA. Su frac informará mas favorablemente de mi conducta que mi vestido de la de usted.
AGUSTIN. Poco á poco: las circunstancias no son iguales.
ROSA. No son iguales, no señor; porque yo equivoqué el frac de usted con el que debia traer hoy el sastre para mi tio.
AGUSTIN. ¿Será posible?
ROSA. Y como me hacia falta dinero, me aventuré á empeñarlo por algunos dias, hasta recibir la cantidad que mi tio me tiene asignada.
AGUSTIN. ¡Con que dice usted que confundió mi frac con el de su tio!
ROSA. Sí, señor: en tanto que usted se llevó mi vestido, sin que pueda disculpar su conducta.
AGUSTIN. Yo diré á usted...
ROSA. ¡Usted no ha podido confundir mi vestido, con el vestido de su tio!
AGUSTIN. Eso no, pero...
ROSA. ¡Ah! ¡Y si usted supiera lo que ha hecho! ¡Si usted comprendiera las funestas consecuencias á que me espone!

AGUSTIN. (¡A que me prueba que soy yo el ratero!...) Vamos, Rosita... ¿está usted muy enfadada conmigo?

ROSA. Estoy furiosa: ¡tenia una cita importantísima, de la cual dependia mi porvenir y no puedo acudir á ella!...

AGUSTIN. Lo mismo me está sucediendo á mí: yo tambien tenia una cita, en la cual cifraba mi fortuna. (*Se sienta á la derecha.*)

ROSA. ¡Somos muy desgraciados, caballero! (*Se sienta á la izquierda.*)

AGUSTIN. ¡Efectivamente, somos muy desgraciados! (Pero, ¡qué guapa está en mangas de camisa!) ¿Le he dicho á usted que está muy guapa en mangas de camisa?

ROSA. No me acuerdo... ¡tengo muy mal humor!

AGUSTIN. Yo tambien. (*Levantándose y sentándose al lado de Rosa.*) Pero si usted quisiera...

ROSA. ¿Qué?...

AGUSTIN. Que nos consolásemos mútuamente.

ROSA. ¿Quién, por desesperado que esté, reusa un consuelo?

AGUSTIN. Es verdad. Y nosotros le necesitamos mas que ningun otro. Estamos aquí hechos unos bobos, parodiando á nuestros primeros padres, pero en un paraiso que, con perdon de usted, en nada debe parecerse al suyo. Siquiera ellos veian cielo, tenian árboles, frutas...

ROSA. Y Eva no tenia una cita importante.

AGUSTIN. Ni Adan tampoco, y aunque los dos la hubieran tenido, no hubiese sido para ellos un obstáculo lo que lo es insuperable para nosotros.

ROSA. Cierto.

AGUSTIN. A no ser que hubiesen tenido la cita despues de haber pecado, en cuyo caso... pero, ¡oh! ¡Qué rayo de luz! (*Levantándose como herido por una idea repentina.*)

ROSA. ¿Qué intenta usted? (*Levantándose.*)

AGUSTIN. Tranquilícese usted; voy á proporcionar á usted el vestido que necesita.

ROSA. ¿No me engaña usted?

AGUSTIN. No.

ROSA. ¿Con que puedo contar?...

AGUSTIN. Con que irá usted á su cita. Vuelvo al instante. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA XIV.

ROSA..—Despues BENITO.

ROSA. ¡Pobre jóven! ¡Qué generosidad la suya! Ocuparse esclusivamente de mí, cuando él se encuentra en una situacion tan apurada como la mia. ¡Si mientras él me busca un vestido pudiera yo encontrar un frac!... (*Queda pensativa.*)

BENITO. (*Aparece por el fondo, vestido de frac azul con botones dorados.*) (¡Sola está! ¡El frac de mi principal va á labrar hoy mi ventura!) ¡Rosita!

ROSA. (¡Ah! ¡El boticario! ¡Qué pesado es!)

BENITO. (¡Como repare en mí, la conquisto sin remedio!) ¡Rosita!

ROSA. ¿Qué quiere usted?

BENITO. Ya puede usted figurárselo. Míreme usted...

ROSA. (¡Cielos! ¡Viene de frac!... (*Fijándose en el frac de Benito.*) ¡Si yo pudiese!...) Entre usted.

BENITO. (¡La deslumbré!)

ROSA. ¡Y qué elegante viene usted hoy!

BENITO. (¿No lo dige?) Voy á llevar una cuenta á un parroquiano y no he podido pasar por la puerta sin subir á ver á usted.

ROSA. Se lo agradezco á usted mucho.

BENITO. Usted no lo querrá creer; pero yo deliro por usted.

ROSA. (¡Y qué paño tan fino tiene el frac!...) (*Asiendo un faldon del frac.*) Sí, sí, lo creo...

BENITO. Pues entonces, ¿por qué no corresponde usted á mi pasion?

ROSA. ¿Y quién ha dicho?... (¡Oh! ¡Qué idea!)

BENITO. ¡Será verdad! ¡Con que usted!... ¡Oh, ventura!

ROSA. Si, pero mi tio...

BENITO. ¿Dónde está ahora?... (*Asustado.*)

ROSA. Ha salido.

BENITO. ¡Respiro!

ROSA. Pero creo que sube por esa escalera. (*Indicando la segunda puerta de la izquierda.*)

BENITO. ¿Y lleva el baston?

ROSA. El bastón es su inseparable compañero.

BENITO. Pues vuelvo.

ROSA. (¡Yo no suelto el frac!)

(Benito se dirige apresuradamente á la puerta del fondo.—Rosa le sigue sin soltar el faldon del frac, y, al trasponer el umbral Benito, cierra la puerta de modo que el faldon quede cogido en ella de la parte del escenario.)

BENITO. (*Dentro.*) Pero ¿qué es esto?
ROSA. ¡El faldon ya es mio!... (*Contemplándole.*) Se trata de conquistar lo demás.
BENITO. (*Dentro.*) Abra usted, Rosita, que estoy preso.
ROSA. ¡Mi tio llega! ¡Sálvese usted!
BENITO. (*Dentro.*) ¡Pero si no puedo!... ¡Si estoy enganchado por la cola!...
ROSA. ¡Quítese usted el frac y huya!
BENITO. Pero...
ROSA. No hay tiempo que perder.
BENITO. ¡Demonio!
ROSA. ¡Mi tio ha llegado!
BENITO. ¡San Benito Palermo me valga!

(*Se oye rodar por la escalera á Benito.—Rosa despues de una pausa entreabre la puerta, recoge el frac y suelta una carcajada contemplándole.*)

ROSA. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Triunfé!... ¡Y es un frac magnífico!... Un poco sucio está, pero, dándole un buen cepillon, quedará como nuevo. (*Váse con el frac, por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XV.

AGUSTIN.

(*Apareciendo por el fondo con un vestido.*) Ya está aquí la hoja de higuera... que se necesita. La viuda de Martinez ha sido el arbusto que la ha deparado... Estaba sola en su tocador; me vió aparecer de pronto en mangas de camisa y esclamó:—¡Ay Agustin!—¡Yo le contesté!:—¡Ay, Dolores! y ¡paf! Dolores se desmayó como yo habia previsto. Sin perder tiempo me apodero del vestido que iba á ponerse, tomo la puerta, gano la escalera y aquí estoy con el trofeo de mi victoria! ¡Mas, oigo pasos! ¡Rosa! (*Ocultando el vestido.*)

ESCENA XVI.

AGUSTIN.—ROSA.

ROSA. (¡Ya está aquí el vecino!) (*Saliendo por la primera puerta de la izquierda, y ocultando el frac.*) (¡Le sorprenderé!)
AGUSTIN. (¡Voy á sorprenderla!)

CANTADO (1).

AGUSTIN. Mi interés quise probarle
y podrá al punto salir.
ROSA. Asimismo usté á su cita,
como yo, podrá asistir.
AGUSTIN. Mas mi frac está empeñado,
empeñado en no venir.
ROSA. ¡Y el vestido!
AGUSTIN. ¡Bueno es este! (*Presentando el que oculta.*)
ROSA. ¿Y este frac podrá servir? (*Presentando tambien el que oculta.*)
AGUSTIN. ¡Cielo santo! (*Tomando el frac.*)
ROSA. ¡Qué ventura! (*Tomando el vestido.*)
LOS DOS. ¡Ya mi dicha va á lucir!
ROSA. A mí el vestido
y á él ese frac
nos han traido
la libertad.
AGUSTIN. A ella el vestido
y á mí este frac
nos han traido
la libertad.

HABLADO.

ROSA. ¡Lance mas original! (*Examinando el vestido.*) Pero, ¿cómo se las ha compuesto usted para proporcionarme un vestido tan elegante?

AGUSTIN. Verá usted. (Solo una mentira muy gorda puede dejarme en buen lugar.) ¡Ay, señora! (*Con tono trágico.*) ¡He hecho el sacrificio de vender... los diamantes de mis antepasados!

ROSA. ¡Será posible!

---

(1) En el caso de que se suprima la música, dígase, en vez de los versos, lo siguiente:

ROSA. ¿Cómo tan pronto de vuelta?
AGUSTIN. Vengo á dar á usted la libertad.
ROSA. ¿De veras?
AGUSTIN. Creo que ya podrá usted asistir á su cita.
ROSA. ¿Y usted se alegraria de asistir á la suya?
AGUSTIN. Sí, señora; pero mi frac está empeñado... en que no asista.
ROSA. Tambien mi vestido se opone...
AGUSTIN. Si usted quisiera remediarse con este... (*Presentando el que oculta.*)
ROSA. ¡Cielos! ¿Y este frac podrá sacar á usted de su apuro? (*Tomando el vestido y presentando tambien el frac que oculta.*)
AGUSTIN. ¡Oh, ventura! (*Tomando el frac.*)
ROSA. ¡Lance mas original! etc., etc., etc.

AGUSTIN. ¡Unos diamantes que representaban las vigilias y los ahorros de mas de veinte generaciones!

ROSA. ¿Y ha tenido usted valor para desprenderse de ellos?

AGUSTIN. Sí, señora, por cinco duros.

ROSA. ¡Por esa friolera!

AGUSTIN. En el dia los diamantes van tirados por la calle.

ROSA. ¡Cuánta generosidad!

AGUSTIN. ¿Pero y usted? ¿De dónde ha sacado esta prenda masculina?

ROSA. Yo... (¿Quién le dice la verdad?) (*Con tono trágico*) Yo tambien enagené un monumento histórico y sagrado.

AGUSTIN. ¿Histórico y sagrado?

ROSA. ¡La espada sin mancha de mi anciano padre!

AGUSTIN. ¡Y á pesar de estar sin mancha la ha pulido usted!

ROSA. Era preciso: yo no podia olvidar que de ese frac dependia la fortuna de usted.

AGUSTIN. Cierto; yo tengo una cita á las once.

ROSA. La mia es á la misma hora.

AGUSTIN. Se trata en ella de mi casamiento.

ROSA. Tambien de mi casamiento se trata en la mia.

AGUSTIN. ¡Cómo! ¿Usted va á casarse? ¡Nunca hubiera creido que usted era capaz de hacerlo!

ROSA. Usted tambien lo es, sin embargo.

AGUSTIN. Me esplicaré: hace dos horas no digo que no; pero desde que he visto á usted, cuando me acuerdo de los consabidos vasos de leche, me asalta una idea feroz!

ROSA. ¿Qué idea?

AGUSTIN. La de enviar á paseo á mi prometida.

ROSA. ¿Y si yo hiciese otro tanto con mi futuro?

AGUSTIN. Eso seria muy gracioso. Vamos á ver. ¿Dónde tiene usted que ir?

ROSA. Á la calle de la Luna.

AGUSTIN. Pues yo tambien.

ROSA. Número 25.

AGUSTIN. Y yo.

ROSA. Casa de don Dimas...

AGUSTIN. ¿Sanchez?

ROSA. Justo.

AGUSTIN. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡Yo me pongo malo!

ROSA. ¿Qué siente usted?

AGUSTIN. Nada, nada: ¿es usted, por casualidad, la Duquesa moscovita que, segun el vejete don Dimas, está enamorada furiosamente de mí?

ROSA. ¿Y usted es, por ventura, el príncipe polaco, cuya pasion por mí tanto me han ponderado?

AGUSTIN. Y nuestra boda habia de celebrarse mediante la suma de ocho duros...
ROSA. Que debiamos entregar á don Dimas, al realizarse nuestra primera entrevista.
AGUSTIN. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! Señora Duquesa... (*Haciendo cortesías á Rosa y burlándose de ella.*)
ROSA. Señor Príncipe. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! (*Burlándose de Agustin.*)
AGUSTIN. Voy á hacer á usted una observacion. La susodicha entrevista ha tenido ya lugar.
ROSA. Muy cierto, y además acabamos de ganar entre los dos la suma de trescientos veinte reales.
AGUSTIN. ¡Vulgo, una onza! Por consiguiente, habiendo ganado tanto dinero en un instante, debemos pensar...
ROSA. En el porvenir.
AGUSTIN. Y en unirnos para siempre. ¿Quiere usted mi mano?
ROSA. Parece cosa de juego. (*Con desconfianza.*)
AGUSTIN. No, pues no juguemos. Yo se la ofrezco á usted muy formal.
ROSA. ¿De veras?
AGUSTIN. Acéptela usted, y lo verá. (*Con cómica solemnidad.*)
ROSA. ¿Y qué van á decir las gentes, cuando en el dia se casan tantos solo por el dinero?
AGUSTIN. Dirán que nosotros nos casamos porque no tenemos un cuarto, y porque nuestro cariño nace de nuestras buenas prendas... personales.
ROSA. No, no le ha inspirado el interés material.
AGUSTIN. Se ha fomentado y robustecido viéndonos siempre... así... en mangas de camisa.
ROSA. Yo ignoro hasta el nombre de usted.
AGUSTIN. Me llamo Agustin Oropesa.
ROSA. ¡Me gusta mucho el apellido!
AGUSTIN. Puede usted adicionarle al suyo, aceptando mi mano.
ROSA. La acepto.

CANTADO. (1)

AGUSTIN.
El cielo dicen que envia
por cada retoño un pan.

---

(1) Si no se hace uso de la música, se suprimirán los versos destinados al canto y terminará el juguete con los siguientes:

AGUSTIN. ¡Qué dicha!
ROSA. No está lograda.
AGUSTIN. Abrigas vanos temores,
Rosa, porque estos señores (*al público*)
nos darán... una palmada.

¿Quién va á ser el panadero
que sustente á los papás?

ROSA. El trabajo
lo será,
y una firme
voluntad.

AGUSTIN. Si me quieres...

ROSA. Ya verás.

AGUSTIN. Pues entonces
cesa ya.

ROSA. Pues entonces
ceso ya.

ROSA y AGUSTIN.

Que la dicha
llenará
para siempre
nuestro hogar.

FIN.

CENSURA.

Habiendo examinado este juguete, no hallo reparo en que su representacion sea autorizada, si se hacen las dos ligeras supresiones atajadas en las escenas 9.ª y 13. Madrid 8 de diciembre de 1860.—El Censor de teatros, *Antonio Ferrer del Rio.*

ADVERTENCIA. Al imprimir este juguete se han hecho las supresiones indicadas por el señor Censor.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ MARCO.

EN TRES ACTOS.

Libertad en la cadena
El sol de invierno.

EN UN ACTO.

Consecuencias de un bofeton.
El dote de María.
Una tarde aprovechada (1).
La pava trufada.
Adan y Eva.

(1) En colaboracion con D. Fernando Martin Redondo.

OBRAS

de la señora doña

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EN VENTA.

La ley de Dios. Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo; edicion ilustrada con diez láminas y el retrato de la autora. Esta obra ha sido aprobada de texto para las escuelas de instruccion primaria, por Real órden de 26 de abril de 1860, y justipreciada en 28 reales cada ejemplar.

El angel del hogar. Obra moral y recreativa dedicada á la mujer. Edicion ilustrada con bellísimas láminas.—42 reales en Madrid y 46 en provincias.

Margarita. Novela original.—Segunda edicion.—8 reales en Madrid y 9 en provincias.

Rosa. Novela original.—Tercera edicion.—5 reales en Madrid y 6 en provincias.

Amor y llanto. Coleccion de leyendas históricas.—Segunda edicion.—9 reales en Madrid y 10 en provincias.

Los títulos de las leyendas, de que consta esta coleccion, son:—La corona de sangre.—Luz de Luna.—La princesa de los Cáspios.—La hermana de Velazquez.

Premio y castigo. Novela original.—Segunda edicion.—6 reales en Madrid y 7 en provincias.

La diadema de perlas. Novela histórica.—Original.—Segunda edicion.—4 reales en Madrid y 5 en provincias.